

ensayos que no han pasado inadvertidos en el terreno de la estética y la teoría del arte. El autor, actualmente profesor de Historia del Arte Contemporáneo y Crítica de Arte en la Universidad de Salamanca y crítico en *El Cultural* de *El Mundo*, ha estado implicado con anterioridad en la gestión artística como Jefe de Colección y Exposiciones del Museo Patio Herreriano de Valladolid. Las publicaciones de trabajos anteriores anunciaban una aproximación nueva al campo que se confirma ahora en este libro. *Fotografía objeto* pasa con solvencia por los debates teóricos y por las obras recogiendo con lucidez esa herencia, pero apuntando en realidad a cuestiones que trascienden los obstáculos semióticos para hablar de la historia del arte reciente y de cómo vemos las imágenes. Este territorio de los estudios sobre la fotografía estaba de hecho necesitado de un refresco teórico y una inversión y traslación de puntos de vista asentados o instituidos. En este sentido, *Fotografía objeto* supone una renovación del panorama teórico y de lo que algunos han denominado —filosofía de la fotografía—.

Irene Izquierdo



Joaquín RODRÍGUEZ, *Edición 2.0. Sócrates en el hiperespacio*. Barcelona: Melusina, 2008, 396 pp.

Viento en popa a toda vela

En septiembre de 2008 podía leerse en la versión española de *Le Monde Diplomatique* un texto titulado «Hacia una nueva era de la lectura. La revolución del libro electrónico», en el que su autor, Alejandro Margulis, manifestaba que «leer textos digitales, buscarlos, criticarlos en las pantallas aunque dé pereza y trabajo, cuestionar si están bien o mal editados, si los fondos de pantalla son los correctos, si la tipografía empleada es la más cómoda o no, será en breve una obligación para no convertirse en un analfabeto tecnológico». Todas estas tareas que se les vienen encima, principalmente, a los profesionales del libro son ya desarrolladas y llevadas a cabo, desde hace tiempo, por Joaquín Rodríguez, sociólogo y editor que, desde hace unos años, mantiene el blog *Los futuros del libro* en el que pasa revista a toda la actualidad relacionada con el mundo del libro y las nuevas tecnologías.

Precisamente en dicho blog vio la luz (o la pantalla) el contenido intelectual que ahora, transformado en libro, comentamos aquí y que sigue los pasos de *Edición 2.0. los futuros del libro*, publicado en 2007 también por la editorial Melusina.

No en vano Rodríguez Rivero se ha referido a esta obra en el prólogo como un «libro mestizo de blog e imprenta» si bien más que del mestizaje en la producción, o además de ello, habría que hablar de una perpetuación a través de los diferentes formatos (red-papel) de la obra escrita, lo cual, dicho sea de paso, no es una práctica cultural tan nueva como pueda parecer. Si acierta de lleno el crítico literario al aludir a que Joaquín Rodríguez (y quienes ya están vertiendo sus ideas en la red previamente al papel) plantea sus textos para una difusión originalmente a través de la red, lo cual sí es novedoso en la historia de la cultura y exige una muy determinada y concreta elaboración que caracteriza a sus contenidos: actualidad máxima, interés polémico con frecuencia, cercanía de las fuentes citadas (a un clic de distancia), etc.

Son estos rasgos los que suplen en la difusión electrónica la solvencia y eficacia de la lectura tradicional impresa, pero también los que la permiten y alientan. Sabido es, entre otros aspectos, que uno de sus mayores obstáculos (por el momento) es el de la lectura continuada a través de la pantalla, aunque ya se está trabajando en ello. Por otro lado, la producción del libro impreso obliga al abandono del estado líquido en que fueron presentados los contenidos inicialmente (la secuencia inicial casi diaria de los textos es deudora más de la actualidad que de un plan previo del autor) para lograr la solidez intelectual que aporta una estructuración de los contenidos en secciones temáticas (los editores, el mundo digital, la polémica de los derechos de autor, la lectura) así como la actualización de las notas y demás, purgando algunos inevitables sesgos o carencias «del directo» exigidos por la publicación de un blog.

Eso sí, la solvencia como producto intelectual (y, esperamos, también comercial) viene dada por una de las mayores ventajas que la difusión electrónica aporta al mundo editorial. A saber, el hecho de que todo pueda difundirse gratuitamente en la red y que, pasado ese filtro y salvado por la audiencia aquello que merezca salvarse, desemboque en la edición impresa sólo aquello que merezca ser publicado. En este sentido los lectores son implacables y saben con quién gastan su tiempo y qué páginas son de su agrado, de ahí que la selección natural triunfe también entre los millones de páginas de internet. Creo, así, que Los futuros del libro se ha convertido en un imprescindible foro de información y debate sobre los procesos de digitalización editorial que se imponen como inevitables en el mundo del libro. Ahora bien, conviene no echar en el olvido que, ante todo, seguimos hablando del libro. Es más, el proselitismo que Joaquín Rodríguez desarrolla en pro de la digitalización no le hace perder un ápice, sin embargo, de su entusiasmo lector, editor o libresco en general, porque en los futuros del libro lo que el autor no considera nunca es que deje de estar, precisamente, el libro.

Por otra parte, quien conozca a Joaquín Rodríguez sabe de sobra que éste puede ser de todo menos acrítico, de formación le viene. De ahí que cuando Google, por ejemplo, al crear su buscador de Google Books, margine los logros mediante los que la historia ha contribuido a perfeccionar al libro, ahí esté la crítica del autor, y lo mismo (en la otra orilla) para los editores reticentes y de cortas miras. El mundo del libro, nos indica Joaquín Rodríguez al fin y al cabo, tiene ya un pie en la red y no lo quitará de ahí. Como antaño la escritura (por más que a Sócrates le pareciera un ingenio dañino para la memoria), la digitalización conduce el futuro del libro, como iniciaba el romántico su celebre poema, «viento en popa a toda vela». Cada cual decidirá si sigue o no su estela.

Fernando Benito Martín